

CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Taledo



De 2013, el año del meneo

Comenzó el 13, año que por lo que me han dicho tiene rima. Siempre fui malo para la poesía y tenía dificultad para memorizarla, sobre todo si la rima, como parecer ser en este caso, no es ni consonante ni asonante, sino malsonante.

Y comenzó como todos, las uvitas, los besitos por doquier, mensajes ñoños, el primer anuncio, las subidas de precio en todo, las buenas intenciones, los saltos de esquí y la Filarmónica de Viena. Aunque en esto, como en casi todo, lo malo no es el comienzo, sino que seguramente termine peor que el año que dejamos.

Muchos se dirán que soy un agorero y se preguntarán que en qué me baso para tal afirmación. Y lo dirán con toda la razón, puesto que lejos de concienzudos análisis, estudios y previsiones, la verdad es que simplemente me apoyo en lo dicho hace ya muchos años por mi abuelo.

No, no era Nostradamus, Rapel o primo de los mayas. Él ya vivió ese mismo año, pero en el siglo pasado y me dijo que no puede ser bueno un año, en el que todos los martes, son martes y 13.

En mi corto entender, basándome en la premisa de mi antepasado, miro la actualidad y veo que la "empanadilla" que tenemos es incluso más complicada de resolver que aquella otra de Móstoles, con la que disfrutamos en la Nochevieja de 1985, cuando cada Nochevieja siempre caía en 'Martes y 13'. No obstante, cada vez que recuerdo a Millán con los ojos haciendo chiribitas y la peluca a la virulé, me dan ganas de sonreír y pensar en qué jóvenes e ingenuos éramos entonces.

No conocíamos cosas sin las que hoy no podríamos vivir, como el móvil, el "guasap" o el Facebook. Mandaban (como ahora) los que tenían cuartos, aunque en el Gobierno estaba Felipe González. Íbamos a entrar en la Unión Europea y a votar el referéndum de la OTAN. El salario mínimo interprofesional era de 241,25 euros al mes, aunque nos lo decían en pesetas.

Las españolas y españoles sólo hacía cinco años que se podían divorciar y a muchos nos tocó perder un año haciendo la mili. El coche del año era el Seat Málaga y el Madrid ganaba la Liga tirando de cantera, estando en Barcelona más pendientes de la designación como sede olímpica, que de perder en los penaltis la final de la Copa de Europa.

Eran otros tiempos, otra forma de pensar, todo nos costaba más, el mundo estaba ahí fuera, por descubrir, por conquistar, y por eso luchábamos, por lo que creíamos justo y, sin tantos medios como ahora, nos hacíamos oír.

Sin embargo en este presente, todos sabemos que en lugar de ir a más como entonces, vamos a menos. Es posible que no quede otro remedio y que no nos quede otra, que aceptarlo pacientemente, cuales corderos cuando van con la mirada al suelo, según les llevan al matadero. Por eso, nos tratamos de engañar y nos creemos a pie juntillas las promesas de los agoreros de siempre, de ayer de hoy y de mañana, que de una u otra forma, llevan 5 años diciéndonos que en seis meses estaremos mejor. Y puede que estén en lo cierto, en seis meses estaremos mejor... Mejor que en doce.

Que la fuerza os acompañe.

EL BALCONCILLO

Javier del Castillo



Ideas para el 2013

Hay quien dice que el año que acaba de comenzar dejará de ser igual de malo que el anterior a finales del verano. Las previsiones más optimistas hablan de leve recuperación económica en el segundo semestre. Algunos, los más pesimistas, consideran que la salida del túnel no se producirá antes del 2018. La fiabilidad a la que nos tienen acostumbrados los economistas es mínima, pero les aseguro que el Gobierno –por si acaso– seguirá haciendo reformas y recortes hasta el ecuador de la legislatura, como mínimo. Por lo tanto, voy a sugerir una serie de recortes que serían bien recibidos por la mayoría de los ciudadanos.

Para empezar, las subvenciones por importe de más de dos millones y medio de euros que ha previsto el Gobierno para las fundaciones políticas –FAES, Pablo Iglesias o la Fundación Ideas, entre otras– son una provocación. En lugar de destinar tanto dinero al "estudio y desarrollo del pensamiento político", y de retribuir tan generosamente el trabajo improductivo de amigos y mili-

tantes, mejor sería que lo destinaran a Cáritas o a cualquier otra organización dedicada a combatir la pobreza. Si los partidos políticos quieren invertir en estudios y estrategias, que lo paguen con las cuotas de sus militantes y con las partidas millonarias que ya tienen asignadas, en función de sus resultados electorales.

Ahora que Javier Arenas y Gaspar Zarrías trabajan en la sombra para establecer nuevas bases para una reforma pactada de la administración local y provincial, se me ocurre también otra propuesta: que supriman de forma drástica los puestos de libre designación en ayuntamientos y diputaciones, que recorten de una vez el número de asesores y que concejales y diputados no perciban remuneración alguna, salvo que demuestren que su trabajo ha servido para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos o para solucionar los problemas reales de las poblaciones a las que representan. Seguro que se ahorran unos cuantos millones de euros al año.

También habría que darle un "buen repaso" a la estructura autonómica. Los parlamentos regionales podrían funcionar perfectamente e incluso con mayor eficacia si redujeran el número de escaños y les quitáramos unas cuantas capas de burocracia. Y tampoco pasaría nada si se les bajara también el suelo a todos aquellos "políticos" que viven de nuestros impuestos, al igual que este Gobierno y el anterior ha hecho ya con los sueldos de millones de funcionarios.

Si esta medida, como supongo, recibe la contestación de los afectados, que me argumenten sus razones. Que me digan los beneficios que aportan a nuestro país los diecisiete parlamentos autonómicos, las más de cincuenta diputaciones y los miles de organismos que de una u otra manera gestionan asuntos que se suponen imprescindibles en una sociedad desarrollada.

Si no hay dinero para la educación, ni para la sanidad –derechos fundamentales en un estado de bienestar–, no puede haberlo tampoco para subvencionar a sindicatos trasnochados, con miles de "liberados" –de un derecho recogido expresamente en la Constitución, como es el derecho al trabajo–, ni a organizaciones patronales ineficaces y trasnochadas, que tampoco representan a los nuevos emprendedores ni a los pequeños empresarios.

No sé lo que podríamos ahorrar con todos estos recortes, pero una cosa sí tengo muy clara: a partir de ellos, tendría sentido hablar de regeneración democrática.

TORRE DEL GALLO



Javier Sanz

¿Es usted un ciudadano normal? Dese por jodido

Si usted acostumbra a guiarse por razonamientos lógicos, mal empezamos. Si usted cree que el Estado hace las cuentas siguientes: de su sueldo le calculamos una cantidad, innegociable, que le restamos impenitentemente para subvenir a sus necesidades particulares y contribuir a las generales, y con eso ya puede vivir en paz, vamos a peor. Usted no es que no haya terminado, sino que no ha hecho más que empezar.

A partir de ahora, aunque haya contribuido religiosamente con el Estado, vaya ahorrando para pagar toda clase de impuestos municipales, pero no se duerma en los laureles porque si sus malgobnantes derrochan, se inventarán un IBI, por ejemplo, que le supondrá, si tiene un piso normalito, el montante de una nómina. Y el billete del metro se lo subirán un cincuenta por ciento a la vuelta de unas vacaciones. Pero tampoco hemos terminado. Ahora tiene usted que pagar, pardillo ciudadano, el desaguisado de los banqueros y jefes de cajas de ahorro, contribuyendo con sus impuestos a devolver el préstamo que nos dan en Bruselas. Igualmente habrá de sufragar los gastos que ocasionaron los aeropuertos de Alicante o de Ciudad Real, sin uso ni estreno. Y cúidese, por favor, debe saber que ya no puede caer enfermo pues le descontarán de su nómina los tres primeros días. ¿Qué no es suficiente? Pues todavía tiene arreglo: le embargarán la extra de Navidad. Y vaya pensando en la de verano. En efecto. ¿Usted es un ciudadano normal? Dese por jodido.